diencia, al trabajo, al amor de las letras y al respeto para con sus maestros: siempre los vi más prontos al entusiasmo por el bien, que al resentimiento por el mal que creyeran habérseles inferido. Y cuando, á la postre, el feliz natural que en ellos había, triunfando de los defectos y de las flaquezas de la edad, mediante la gracia de Dios y una buena Educación, se afianzaba en la sabiduría y en la virtud, llegaban á ser en realidad niños que para los veinte años prometían ser *los más amables y los más generosos entre los hombres* (1).

(1) Rousseau.

CAPÍTULO II

El Niño: mis experiencias.

Muy cierta cosa es que para ser útil á los niños, para no descorazonarse por sus defectos, para descubrir todas sus hermosas cualidades, se hace necesario amarlos; hay que sentir la felicidad de ser amado de ellos; hay que tomar interés por ellos; hay que poner el contento en verlos y tratarlos de cerca; hay que estudiarlos con inteligencia y amor; hay que tomar gusto en conversar familiarmente con ellos: su natural, su humor se templa y se suaviza con tales conversaciones. Entonces desaparece de ellos toda altivez, toda aspereza; no solamente se tornan finos, urbanos, tratables, complacientes, sinceros, joviales, reconocidos y tiernos; sino que su espíritu se eleva, ábrese su corazón y se expansionan y dejan vislumbrar en aquellas profundidades cosas, pero ¡qué tiernas! Su alma se franquea de par en par; á través de aquella carita fresca y risueña, como un capullo, y en el fondo de aquella inquieta criatura, descúbrese un no sé qué grandioso y divino, que por de pronto se admira, y más tarde se venera con ternura.

Cuando habla Fenelón de este maravilloso encanto, que hemos dado en llamar sencillez, ingenuidad, dice

de ella que es la perla de que nos habla el Evangelio, digna de ser buscada en las regiones más apartadas. Es un diamante de tan puras aguas, que refleja las más hermosas claridades.

Las orillas del Ganges, que nos envían las perlas del oriente, no nos han enviado la sencillez: yo, sin embargo, la he hallado en el corazón del niño.

Sin duda, el candor de su frente, el inquieto brillo de sus miradas, aquel colorido tan puro, aquella tan graciosa sonrisa, aquellas palabras tan ingenuas y tan cariñosas, todas las inocentes bellezas y los exteriores atractivos de esta edad, tienen grande eficacia; mas, poder como tienen los encantos de su corazón, no lo he conocido jamás. ¡Mirad cómo esta nativa sencillez inspira al niño, sin darse de ello cuenta, las más sublimes virtudes! De él pudiera decirse lo que el Apóstol dice de la caridad: todo lo cree, todo lo espera, busca todo lo amable y bueno, admira todo lo grande y noble, ni sospecha el mal ni se entristece del bien. Se regocija de cualquier acontecimiento feliz. Si le amáis, os ama; si ante él os presentáis virtuoso, os venera. Obra sin ambiciones, sin amarguras, sin desabrimientos. Al oir el relato de alguna acción generosa, le palpita el corazón, inflámase su mirada, corren por sus mejillas hilo á hilo las lágrimas; no ha menester que se le pinten las necesidades de la miseria: las adivina. Su vista se halla siempre dispuesta para mirar al pobrecito que se le acerca tiritando de frío; su mano es siempre la primera en abrirse para socorrerle. No: ya no me maravillo de que Jesucristo, oyendo cierto día á sus discípulos disputar sobre quién iba á ser el mayor en el reino de los cielos, llamara á un niño, y, después de abrazarlo con tierna efusión, le colocara

en medio de la atenta muchedumbre y les dijera: *Os aseguro á fe mía que, si no os tornáis como este pequeñuelo, no tenéis que esperar el entrar en el reino de los cielos* (1).

Ya se ve: aquí no cuento los ensueños de mi cariño para con la niñez y la juventud. Desde Jesucristo, que quiso ser el primer preceptor y amigo de la infancia, ¿qué instructor, digno de su divina misión, no ha probado lo que acabo de decir? ¿Quién muchas veces no ha visto con profundo enternecimiento, en estos corazones jóvenes, aquel tan hermoso ardor, aquella docilidad tan animosa, aquella generosidad tan confiada, aquellas vivas y fuertes inspiraciones, y, en su día, aquel gusto sublime, aquellos entusiasmos de admiración por la verdad y por la virtud que los arrebataba y los sacaba de sí, sin que fueran dueños de contener su emoción? ¡Ah! ¡cuánto se engañan los que en tan bajo concepto tienen la niñez y la juventud!

¡Edad pura y brillante! ¡edad noble y sincera! ¡tiempos heroicos de la vida! ¡edad admirable, siempre que una Educación religiosa inspira sus afectos, dirige sus esfuerzos, consagra su juvenil ardor, modera sus pasiones, corrige sus defectos, previene sus extravíos y ennoblece sus virtudes! Es la edad de los más puros pensamientos, de los afectos más nobles, de las más fieles amistades,—así lo he experimentado yo, dos veces sobre todo,—edad del ardor intrépido para el bien, y, si conviene, ¡hasta de magnánimos sacrificios!

He aquí los felices privilegios que hacen de la niñez y de la juventud dos edades merecedoras de cuidados asiduos y del más acendrado cariño; y estoy seguro

(1) San Mateo, cap XVIII.

que el piadoso maestro siempre fijará en la niñez sus miradas con inexplicable consuelo y con cierto dulce respeto, ó repasará en su memoria las virtudes de la primera edad, tan verdaderas y á veces tan robustas, tan ingenuas, tan sencillas, tan encantadoras.

Perdonénseme algunos recuerdos personales: es que les debo la poquísima autoridad que acompaña á mis palabras; les debo las dulces emociones de antigua amistad, que todavía no se ha extinguido en mi alma, y que probablemente no se extinguirá jamás: confío que se me ha de permitir esta mirada hacia el pasado, que para mí siempre es presente.

Durante los santos y felices años por mí consagrados á la Educación, gustaba yo muchas veces de ver á los niños que me estaban encomendados, y de dirigir hacia ellos mis miradas: era uno de mis más puros deleites en las horas de recreo bajar á sus patios y jardines, mezclarme en sus diversiones y aun á veces tomar en ellas parte: ellos mismos lo podrán recordar.

Ó bien, si el cansancio no me consentía la agitación de sus juegos, para mí un tantico violenta, gustaba de convertirme en espectador tranquilo y silencioso, de pasearme sonriendo por en medio de ellos, entre la bulliciosa efervescencia de sus diversiones; disfrutaba yo allí de paz, de dulzura inexplicables ¡Cuántas veces, obligado por mi santo ministerio á lanzarme por algunos instantes en medio del mundo y de sus negocios, y apesarado por las tristes escenas de la vida, volvía á entrar en nuestro Seminario Menor con secreta y profundísima satisfacción! Media hora de recreo con mis colegiales bastaba para disipar todos aquellos nublados de tristeza y desazón; junto á ellos olvidaba las

dificultades, los punzantes cuidados, los torcedores, los acerbos menosprecios.

Otras veces también, aun sin bajar entre ellos, desde lejos, la algazara de sus juegos, los gritos de su alegría, sus francos altercados, sus prontas reconciliaciones, la viveza de sus impresiones, — ¿por qué no confesarlo? — su contento por verme, aunque de lejos; el redoblado acrecentamiento de su ardor, cuando me tenían por juez y testigo de sus jubilosos trasportes y de sus triunfos..., todo esto proporcionaba á mi alma suavísimo refrigerio, por el cual daba gracias á Dios, rogándole que prosiguiera bendiciendo á esta multitud amable y fiel, á este naciente pueblecito, á este depósito precioso, confiado á mi celo y á mis cuidados, esperanza de la religión, esperanza de la patria.

Hombres de mundo he visto yo, que hacía largos años intervenían con honra en los más importantes negocios de su nación, experimentar las mismas impresiones á vista de nuestros jóvenes; los he visto enternecidos hasta derramar lágrimas, cuando contemplaban á la fresca sombra de nuestra casa de Gentilly (1) á esta numerosa juventud repartida en juguetones corrillos, y disfrutando en medio de sus juegos delicias purísimas y embriagadoras.

Y ¡cómo disfrutaba yo en ser testigo de sus trabajos! ¡Cuántas veces interrumpía de pronto mis ocupaciones por ir á sorprenderlos en el estudio! Sí; era para mí un encanto, un espectáculo gracioso ver á todos aquellos jóvenes recogidos y silenciosos! Sí; aquellas doscientas jóvenes inteligencias aplicadas al estudio, aten-

(1) Pueblecito á una legua de París, donde el Seminario Menor de San Nicolás tenía una casa de campo.

tas para comprender, agudas para penetrar y admirar los más notables modelos de las principales literaturas humanas, arrebataban mis ojos y ensanchaban mi corazón.

Pero, en punto á esto, nada igualaba al placer que me proporcionaba el presenciar sus exámenes.

Cuando los oía recitar con soltura, explicar con donaire, interpretar fielmente, con calor, con entusiasmo, los más bellos pasajes de Virgilio, de Homero, de Cicerón, de Tito Livio, de Fenelón, de Bossuet... no sé qué tan puros, tan íntimos gozos experimentaba yo! ¿Qué podía haber para nosotros más halagüeño y consolador, que verlos tan felizmente sensibles á los nobles placeres del espíritu? Su naciente corazón se esclarecía con la luz que irradian aquellas luminosas inteligencias, y á veces hasta llegaba á inflamarse en la hoguera donde se inflaman los genios.

Hallaba yo, en verdad, admirable el que, á través de tantos siglos, el genio de Homero, de Virgilio, de Bossuet, de San Juan Crisóstomo viniese á trabar alianza con estos talentos niños, á calentarlos, á fecundarlos, á levantarlos hasta su nivel.

Si sus juegos, si sus estudios me causaban tanto placer, ¡qué os diré de su piedad! Eso, ni contarse puede.

¡Qué emoción tan dulce para mí verlos reunidos en su recogido oratorio! ¡Qué fe tan viva! ¡qué fervor en sus plegarias! Los días de fiesta, y en esas celestes mañanas, cuyo recuerdo yo fío que no perderán jamás, el ángel del Señor semejaba cobijarlos y esconderlos bajo sus níveas alas.

En esos venturosos días era cuando, sobre todo, disfrutaba yo en acercarme á ellos, en conversar con

ellos, en contemplar más de cerca su corazón. Parecíame respirar allí la dicha, la paz de la inocencia, todos los aromas del cielo.

No negaré yo que de vez en cuando venían á turbar estos goces de la inocencia y de la gracia, vagas nubecillas, propias de la humana condición; pero, una vez desvanecidas aquellas nubecillas de la niñez, descubríase allí, en el fondo de sus almas jóvenes, uno como cielo azul, donde Dios hacía brillar, en horizontes de infinita pureza, claridades de divino resplandor.

Entonces era cuando cierto noble y amable pudor, virtud que á sí propia no se conoce, daba nuevo y escondido realce á todo cuanto hacían. Sus más insignificantes discursos, sus palabras más sencillas, tenían encantos secretos é inefables, contra los cuales era imposible defenderse. ¡Cuántas veces, en estas sabrosas é íntimas conversaciones, recogí de labios de la niñez ingenuidades sublimes!

Mi ternura para con ellos era grande; y, sin embargo, no les revelaba sino muy imperfectamente los sentimientos de mi corazón, sobre todo para con aquéllos cuyo natural veía yo irse transformando poquito á poco, suavizándose, purificándose y ennobleciéndose por la gracia.

¡Cuántos hay entre ellos de quienes podría yo decir que he reconocido, que he amado á Dios en ellos, presente y personificado con sus más hermosos caracteres! Su infancia era la del Salvador: como El, *crecían en edad, sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres.*

Con frecuencia me dirigía esta pregunta: ¿de dónde nacerán estos inexplicables encantos de la niñez y de

la juventud? ¿Por qué tiene esta primera edad cierta indefinible gracia que hechiza, que enternece, que no cansa jamás? Un amigo á quien venero, respondióme cierto día: «Sin duda, la infancia es la sencillez, es el candor, es la inocencia; pero lo que añade á todo esto indefinibles encantos, irresistible atractivo... es ¡que el niño es la esperanza! No cabe dudarlo, es el gozo del presente; pero, sobre todo, ¡es la esperanza del porvenir!»

Esta idea me conmovió, y me trajo á la memoria aquellas palabras dirigidas á Luis XV por una dama, testigo de su consagración. Era la marquesa de Pisieux: *¡Ah! Señor* — le dijo — *era preciso veros en aquel entonces... ¡S. M. era bello, bello como la esperanza!*

Aquí estaba dicho todo. Un joven príncipe no podía recibir elogio más lisonjero, ni lección más delicada. Pero siempre, sea cual fuere su condición, es el niño la riente, la bella, la dulce y pura esperanza.

Tratando de este asunto han prodigado las divinas Escrituras las más graciosas imágenes.

El niño es tierno renuevo, débil planta, es verdad; pero en su día será frondoso árbol que se cuajará de frutos de virtudes y que proyectará en su derredor bienhechora sombra.

Es una flor á punto de abrirse y desplegarse en rica y hermosísima corola. Si tan bella parece en sus primeras horas, ¿qué será el día en que, ataviada con todos sus encantos y embellecida con todos los dones del cielo, alzaráse para engalanar la tierra?

El niño es al presente diminuto arroyuelo, manantial naciente; pero quizás más adelante se tornará río majestuoso. El maestro es el hábil fontanero de que nos hablan las sagradas Letras; su mano dirige aquellas dóciles aguas, llévalas á donde le place, y jamás permite que otras aguas extrañas, impuras ó amargas, vengan á entorpecer su curso.

Sí, el niño es la esperanza, la esperanza del mismo cielo: porque heredero es de las palmas eternales, objeto de las divinas complacencias, amigo y hermanito de los ángeles!

Es la esperanza de la tierra, cuya riqueza y cuyo tesoro es al presente, y cuya fuerza y cuya gloria será en lo porvenir. Es la esperanza de la patria y de la humanidad entera, las cuales en él se renuevan y rejuvenecen. Es aquí bajo, sobre todo, la esperanza de la familia, cuyo gozo y cuyas delicias forma ya, y cuya corona y cuya honra habrá de ser algún día.

¡Amable criatura! Su primera aparición en el mundo, su sonrisa primera, su primera mirada es emblema de paz, presagio de bonanza para todos. ¿Le veis? en su frente no asoma ni siquiera fugaz nubecilla; desconoce lo pasado, sonríe ante el presente, se lanza hacia el porvenir, y consigo parece arrastrar hacia allí al universo entero.

Muchas veces me he puesto á considerar por qué el niño formará sobre todo las delicias de sus ancianos padres. Ellos no pueden cansarse de estárselo mirando, de bendecirlo, de escucharlo, de admirar su valor, su agilidad, su donaire, sus gracias. El brillo y la dulzura de su sonrisa; la pureza y transparencia de su frente; la limpidez, la llama de su mirada..., todo esto les trae á la memoria que envejecemos, que palidecemos, que cada día morimos; pero también les sugiere que no debíamos palidecer, ni envejecer, ni morir: y el niño está ante sus ojos como un recuerdo, como un

reflejo de esa inmortal juventud que fué la primitiva herencia de nuestra naturaleza.

Cierto, cuanto más en ello reflexiono — y lo diré aun á riesgo de repetirme, — cuanto más en ello reflexiono, menos me admiro de que el Hijo de Dios, á su paso por la tierra, amase tanto á la niñez y tuviera tanto gusto en bendecir á los niños. Jesucristo amaba á los hombres y á todos bendecía al bendecir á la infancia, esperanza de la familia humana. ¿Quién no conoce las escenas evangélicas? Nuestro Señor recorría pueblos y villares, curando enfermos y haciendo bien á todos. Las madres, con su celestial instinto para adivinar los corazones dignos de ellas, corrían á su encuentro y le traían sus hijitos, pidiéndole que se los bendijera. Tan numerosos eran los niños y las madres, que los Apóstoles, fastidiados, se hubieron de quejar, y querían desviarlos. Pero el divino Maestro ordenó que les hicieran lugar, diciendo: *Dejad que vengan á mi los niños, que para ellos y para los que se les parecen es el reino de los cielos.*

Aquí estaba dicho todo: ya está revelado el precio de la vida eterna; la necesidad de la regeneración y de una nueva inocencia está ya proclamada; en adelante, las puertas del reino de los cielos deberán estar cerradas á cualquiera que rehusare bajarse hasta esa edad.

Aun cuando el Hijo de Dios no hubiera descendido del cielo más que para decir esta palabra, ella sola bastaría para su gloria y para la dicha de la humanidad. ¿Quién, antes que El, la había proferido? ó ¿quién había pensado y sentido de esta suerte? Durante cuatro mil años, fuera de algunas palabras escapadas á la sofística razón de algún filósofo, la infancia era en la

tierra objeto del menosprecio de los sabios y de la cruel indiferencia de los legisladores. Mas, en medio de la corrupción universal, formaba las delicias y los únicos amores del cielo, y, cuando el padre de familia vino á buscar á sus hijos, cuando el Criador se quiso hacer conocer de los suyos, no se declaró á fe por medio de fastuosas palabras. No; antes de darse por maestro y doctor del mundo, plúgole revelarse bajo más conmovedor aspecto, y con más regalado nombre. Bien se le echaba de ver la grandeza y el poderío de rey de los cielos, pero era sobre todo Padre tierno; antes que otra cosa se advertía en Él su amor, y, cuando dijo: *Dejad que vengan á mi los niños; el reino de los cielos será de los que se les parezcan...* padres y madres enternecidos, prosternándose á sus pies, le adoraron.

¡Ah! ya comprendo por qué los profetas pregonaron con tan magníficos loores la gloria de los patriarcas y el noble orgullo de la fecundidad maternal. También yo, para concluir estas líneas, voy á exclamar con ellos y á repetir la bendición evangélica: ¡Bienaventuradas las madres cuyas entrañas santamente fecundas dieron á la tierra y al cielo numerosos hijos! ¡Bienaventurados los pechos que los amamantaron! ¡Jamás puso una madre más preciosas joyas sobre su corazón; jamás ciñó su frente más esplendente corona!